

LA CLASE POLÍTICA ARGENTINA, 1930-1943

Luis Ernesto Blacha

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Mario E. Lozano

Vicerrector
Alejandro Villar

*La clase política
argentina, 1930-1943.*

*La oposición ausente
y la pérdida de poder*



Bernal, 2015

Colección Convergencia. Entre memoria y sociedad
Dirigida por Noemí M. Girbal-Blacha

Blacha, Luis Ernesto
La clase política argentina 1930-1943: la oposición ausente y
la pérdida de poder / Luis Ernesto Blacha. - 1a ed. - Bernal :
Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
272 p. ; 22 x 15 cm. - (Convergencia)

ISBN 978-987-558-370-2

1. Clase Alta. 2. Clase Dirigente. 3. Clase Política. I. Título.
CDD 320.82

Ilustración de tapa: José Félix Uriburu, Leopoldo Lugones y Lisandro
de la Torre en el palco oficial de la cancha de Newell's Old Boys en Santa Fe,
presenciando el encuentro Newell's-Unión de Santa Fe, 1931.

© Luis Ernesto Blacha, 2015

© Universidad Nacional de Quilmes, 2015

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

editorial.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-370-2

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO I. LA CLASE POLÍTICA Y SU CONFIGURACIÓN	31
CAPÍTULO II. LOS FUNDAMENTOS DEL PODER Y EL OTRO POLÍTICO	73
CAPÍTULO III. ACTORES DEL PODER EN LA ARGENTINA DE LA DÉCADA DE 1930	123
CAPÍTULO IV. LAS CLASES ALTAS ARGENTINAS	155
CAPÍTULO V. NUEVOS TIEMPOS, VIEJOS POLÍTICOS Y NUEVAS FORMAS DE SOCIALIZACIÓN	195
EPÍLOGO	253
BIBLIOGRAFÍA	261

AGRADECIMIENTOS

Una tesis doctoral, como la que origina este libro, es una carta de presentación ante la comunidad científica. Si bien es un producto intelectual individual, donde lo escrito es de exclusiva responsabilidad del autor, para llegar a esta instancia muchos son los que han colaborado –de uno u otro modo– en la planificación y elaboración de la investigación que lo sustenta. Corresponde agradecer públicamente a quienes me brindaron su tiempo, sus críticas y sus consejos.

Mi primera mención es para el profesor Miguel Murmis. Los consejos, experiencia y constancia, así como las largas y amables conversaciones, los debates, orientaciones metodológicas y críticas sustantivas de mi director en las tesis de maestría y doctorado fueron un gran estímulo y guía para esta empresa académica. Mi reconocimiento muy especial por todas las horas que ha dedicado a despejar mis dudas y a sus lecturas atentas, pormenorizadas y constructivas.

Los estudios de posgrado no hubieran sido posibles sin la financiación del Conicet, que me otorgara sucesivas instancias de becas desde el año 2004. Fue el doctor Enrique Tándeter, el consejero de los estudiantes de la maestría en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de General San Martín (UNSAM) hasta antes de su muerte, quien me orientó para cumplimentar mi formación de grado como sociólogo, con marcada orientación hacia la vertiente cultural, con el abordaje de la sociología política en el posgrado, a través de los cursos que integraban la Maestría en Ciencia Política de la UNSAM, de la cual me gradué apenas iniciado el año 2008. Conté también con el seguimiento académico del doctor Marcelo Cavarozzi.

Debo expresar mi agradecimiento a quienes me facilitaron la consulta de material bibliográfico, hemerográfico y documental de las bibliotecas Nacional, de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, de la Academia Nacional de la Historia, del Congreso Nacional, del Archivo General de la Nación, de la Universidad Nacional de Quilmes, del Ministerio de Agricultura de la Nación, del Banco Central “Ernesto Tornquist” y “Raúl Prebisch”, del Ministerio de Economía; y de bibliotecas privadas cu-

yos propietarios, generosamente, me prestaron algunos ejemplares agotados de obras clásicas referidas a los temas que aquí se abordan.

Agradezco a mis compañeros de cursos y seminarios, a los profesores a cargo de los distintos talleres de tesis (de la maestría y el doctorado), a los colegas que participaron en congresos y jornadas de la especialidad –tanto en el país como en el exterior–, que aportaron valiosas sugerencias y alimentaron el debate de ideas del cual fui partícipe y que redundó en la apertura de las preguntas primarias que se plantearon cuando se formuló el plan de tesis original. También quiero agradecer a mis compañeros y colegas del Centro de Estudios de la Argentina Rural (CEAR), quienes permitieron trascender los límites de la tesis que fuera el punto de partida de este libro.

Por último, quiero agradecer también a mi familia; a mis abuelos, a mi madre, a Natalia y muy especialmente a mi padre, que supo apreciar el esfuerzo y el valor del trabajo intelectual compartido, alentando y disfrutando mis logros y mis tareas a futuro. Su ejemplo de tenacidad y honestidad se convirtieron en una guía importante, insoslayable, durante este trayecto académico.

INTRODUCCIÓN

El estudio de la élite argentina del período 1930-1943 es una tarea de particular interés porque es cuando se produce la primera ruptura del orden institucional argentino, representada en el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930. El desplazamiento del radicalismo del gobierno nacional supone la exclusión de la actividad política de un partido que representa a los sectores medios desde 1916, con la puesta en vigencia de la Ley Sáenz Peña de 1912. Las clases altas tradicionales toman el poder por medios inconstitucionales, como muestra de la débil influencia sobre el aparato estatal que tiene Hipólito Yrigoyen en su segunda administración gubernamental (1928-1930).¹

El caudillo radical se consagra presidente de la República Argentina en 1916, como resultado de una ajustada victoria electoral. En 1928, triunfa con amplio margen, transformando a las clases altas tradicionales en un *otro político* que no encuentra vínculos sólidos con la estructura estatal. La figura misteriosa y con poca presencia pública de Hipólito Yrigoyen, “El Peludo”, potencia las estrategias de solidarización por parte de los grupos de élite *excluidos* de esta administración gubernamental.

El contexto económico mundial, desde el crac de 1929, detona cambios profundos en la sociedad argentina. El país de inmigración habrá de dar paso a la consolidación de una Argentina de migrantes internos, del campo a las ciudades, que acentuarán la cuestión social de las décadas de 1910 y 1920, y resultan en un nuevo diseño de “la modernización territorial”.² Es un conflicto que Iglesia, Estado y “clase política” intentan atender sin obtener resultados satisfactorios.³

¹ Se entiende por clases altas tradicionales al conjunto de individuos que tenía el control directo del Estado hasta la puesta en vigencia de la Ley Sáenz Peña. Estos hombres continúan influyendo indirectamente en la maquinaria estatal hasta la segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen. Podría afirmarse que las clases altas tradicionales son la minoría gobernante previa a la Ley Sáenz Peña.

² Ballent, Anahí y Adrián Gorelik, “País urbano y país rural. La modernización territorial y su crisis”, en Cattaruzza, Alejandro (dir.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, col. Nueva Historia Argentina, t. 4, pp. 145-156.

³ Definiremos *clase política* en el capítulo I.

El presidente Yrigoyen juega un papel que no logra conformar a ningún actor social preponderante. El Estado como árbitro de los conflictos laborales tampoco satisface a un movimiento obrero que obtiene escasos beneficios. La clase alta tradicional interpreta las políticas de Yrigoyen como una intromisión en su libertad económica, reflejando la incapacidad de este grupo para establecer estrategias electorales efectivas dentro del nuevo escenario que supone la Ley Sáenz Peña. El tímido rol estatal y un presidente sin fervientes aliados políticos potencian la desconfianza de quienes se sienten excluidos del Estado. Circulan rumores de descontento que son desestimados por Yrigoyen, pero cuestionan su posición gubernamental. La fórmula política, como fundamento de las relaciones poder y del orden social, pierde aspectos concretos y sus facetas abstractas son incongruentes con la realidad imperante. El dinamismo del entramado de interacciones sociales desgasta a una fórmula política estática y demuestra que esa clase política no puede adecuar su organización a los nuevos tiempos.

Por primera vez en la historia constitucional argentina se plantea un golpe de Estado. Los opositores a Yrigoyen, dentro y fuera de su partido, vislumbran su gestión gubernamental como un período de *anormalidad* que debe ser corregido. Los grandes problemas que se identifican con su administración parecerían *requerir* soluciones igual de contundentes, que desestiman las importantes consecuencias que podrían generar a largo plazo en el entramado social e institucional. La democracia, como organización política con implicancias sociales y fundamento último de la relación de poder entre gobernantes y gobernados, se vuelve ambigua al ser evocada tanto por yrigoyenistas como por golpistas conspiradores.

La imposibilidad de influir en la estructura administrativa y la metáfora de un *nuevo comienzo* se entroncan con lecturas de la historia que conjugan las acciones de los diferentes actores políticos con sus intereses más inmediatos. Los hombres más destacados del período tienen como común denominador su carácter de *fundadores*, que se combina con una fuerte tendencia a ocupar el papel de *observador* más que de actor. A pesar de que el grupo yrigoyenista llega al poder por el apoyo popular y los *revolucionarios* lo hacen con un golpe de Estado, ambos comparten su incapacidad para tomar decisiones de amplio alcance espacio-temporal y no toman en consideración las acciones que promueve el *otro político*. El grupo que ocupa las posiciones centrales en la maquinaria estatal no interactúa con el resto del espectro político. La falta de acciones recíprocas y de fidelizaciones previas hace peligrar la alternancia que fundamenta al sistema político moderno y democrático. Las medidas gubernamentales, las alianzas políticas, y el sentimiento de un *proyecto de país* se vuelven cortoplacistas e incongruentes con el desarrollo de la democratización de la sociedad argentina que venía gestándose.

Los grupos que se organizan por su oposición a Yrigoyen conjugan diferentes propuestas de país y distintos intereses políticos. El sector que en un primer momento se impone es el más extremista, aquel que tiene como líder al general José Félix Uriburu. El ejército se convierte en un componente irremplazable de la fórmula política que fundamenta el orden social en un contexto que respeta y a la vez maltrata a la Constitución Nacional. Es una institución interpretada como moderna y que los *revolucionarios* consideran inmune a la influencia de los políticos profesionales y sus discusiones *estériles*. El ejército, como institución, se convierte en un árbitro que es juez y parte en el ámbito político.

Los políticos profesionales intentan revertir las reformas constitucionales que promulgan implantar un Estado corporativo. Este sentimiento *anti-político* parece caracterizar todo el período y refleja la imposibilidad de la clase política tradicional para triunfar en elecciones que cumplan con las reglas del sistema democrático, libre y moderno. Un número importante de estos actores considera, de forma paradójica, que este sistema político es su obra cumbre y la Constitución Nacional uno de sus más elaborados ejemplos. No obstante, las prácticas democráticas concretas no forman parte del repertorio de sus acciones políticas.

El sector más extremista y corporativo, reunido en torno a la figura de Uriburu, es sucedido por otro de corte conciliador y con una actitud profesionalista respecto a las funciones que debe desempeñar el ejército. Es el conjunto liderado por el general e ingeniero entrerriano Agustín P. Justo, cuya actitud se fundamenta en las prohibiciones impuestas al derrocado radicalismo durante la presidencia de su predecesor. Justo es el político más hábil de la derecha argentina durante estos años, porque consigue terminar su mandato y, conciliando a civiles y militares, elige a su sucesor; preparando su retorno al poder a través elecciones libres.⁴ No suprime los *castigos* impuestos al partido mayoritario, pero dentro de este contexto limitado y regulado libera al radicalismo, en especial al personalismo yrigoyenista, a su propia suerte para retornar a la contienda electoral.

El sucesor de Justo, el ex radical Roberto Ortiz, intenta consolidar su poder en los vínculos políticos que establece entre su presidencia y el derrocado radicalismo. La propuesta es procurar que la Constitución Nacional y los canales formales de la democracia de masas adquieran mayor relevancia en el fundamento del orden social, para superar el fraude electoral imperante que desgasta la fórmula política. Su temprana muerte frustra este proyecto, el

⁴ García Molina, Fernando y Carlos Mayo, *Archivo del General Uriburu. Autoritarismo y ejército*, 2 tt., Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986; y *Archivo del General Justo: La presidencia/1/2. Selección de documentos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1987.

cual es abandonado luego de su fallecimiento en 1942. Su breve gestión gubernamental supone una renovación que incorpora aquellos aspectos relacionados con la democracia y con la actividad política moderna al fundamento del poder. Su vicepresidente, el conservador Ramón Castillo, que cuenta con el apoyo del poderoso caudillo salteño Robustiano Patrón Costa, propone el retorno al extremismo de *derecha* que pretendía implementar Uriburu.

El ejército, que durante la presidencia de Ortiz sufre alguna pérdida de influencia en el ámbito político, vuelve a ser el principal aliado del vicepresidente en ejercicio. Como decíamos, la falta de consideración por el *otro político* invade la actividad política argentina del período. Así, se debilita el fundamento de las relaciones de poder con una fórmula política estática que deja de vincularse con el entorno social. En este contexto se produce el golpe de Estado del 4 de junio de 1943, con el cual concluye este período de la historia argentina que se caracteriza por la lucha entre diferentes proyectos de país que evitan el diálogo pluralista. La parálisis de los canales políticos formales transforma esta nueva ruptura institucional en un retorno a las actividades políticas democráticas.

El período comprendido entre 1930 y 1943 permite pensar en una *década larga*, porque los procesos originados el 6 de septiembre de 1930 recién culminarán el 4 de junio de 1943. Tampoco debe descartarse la posibilidad de identificar continuidades y rupturas con etapas posteriores. Es sugerente cómo este período trasciende y se fija en la memoria colectiva como una *década infame*, en la cual los analistas ven una continuidad de las prácticas fraudulentas. En este sentido, el golpe militar de 1943 significa un quiebre en las carreras políticas de los actores participantes. Desde entonces, estos grupos siguen teniendo influencia sobre el Estado, pero no pueden ocupar posiciones claves con la asiduidad y visibilidad de antaño.

El estudio de la realidad histórica argentina es abordado desde una perspectiva interdisciplinaria que permite concebirlo como un proceso dinámico constante; como una configuración como la que propone la sociología figuracional de Norbert Elias. El foco de este abordaje es el vínculo individuo-sociedad, mediado por relaciones de poder. El análisis se focaliza en los estratos cimeros de la sociedad por su capacidad de influir tanto en el Estado como en el entramado social. En este sentido, el radicalismo será estudiado cuando sus acciones puedan influir de forma efectiva sobre la estructura estatal. La exclusión de la competencia electoral del partido mayoritario da cuenta de la importancia del fraude, y pondera la atención analítica concedida al radicalismo en tanto un actor menos importante que aquellos que conforman a la clase política en el poder.

La perspectiva de la sociología figuracional permite una concepción dinámica del entramado social que subraya el rol mediador de las relaciones

de poder en los vínculos intersubjetivos. El poder es interpretado como un vínculo asimétrico entre *los que mandan* y los gobernados. Ambos tienen la capacidad de tomar decisiones, a través de interacciones que actualizan el fundamento del orden social. Las transformaciones son posibles, pero también hay que considerar la importancia de fuerzas que mantienen la estabilidad de la red de relaciones intersubjetivas que promueven una amplia predictibilidad en las acciones sociales.

El carácter dinámico de la configuración también permite interpelar a los individuos como actores con ideales políticos propios, que se piensan e interpretan a sí mismos, a sus semejantes, y a la red de relaciones que conforman. El concepto de *reflexividad* de la teoría de la estructuración del sociólogo inglés Anthony Giddens permite destacar que los individuos, en el transcurso de las interacciones sociales, se modifican y transforman su entorno.⁵ En la propuesta aquí desarrollada, la internalización de normas sociales que fundamentan las relaciones de poder se combina con la reflexividad y delimita las transformaciones con escala social.

Las viejas recetas de corte liberal no consiguen explicar de forma acabada los cambios socioeconómicos que se están produciendo en la Argentina. La reflexividad, la socialización previa, las acciones recíprocas, y las fidelizaciones posibilitan la actualización de los esquemas de pensamiento de los sectores gobernantes. Son estos actores quienes actualizan su organización al incorporar el intervencionismo estatal. La reflexividad subraya que, en materia económica, el pensamiento liberal se contrapone a la crisis internacional y el deterioro de los términos del intercambio del comercio mundial. La socialización y las fidelizaciones que estos individuos establecen con sus pares fortalecen la rápida difusión de las ideas intervencionistas sin mayores discusiones y en un contexto de parálisis de los canales políticos formales. Resulta paradójico que los actores que representan la *vieja forma de hacer política* apoyan el cambio intervencionista, mientras que el partido político más moderno de aquel entonces, el radicalismo, continúa defendiendo el liberalismo económico.

El fraude electoral refleja la incongruencia que existe entre las funciones económicas modernas del Estado y las prácticas políticas arcaicas que excluyen de la contienda al partido político mayoritario. Los hábitos fraudulentos debilitan a la fórmula política en el fundamento de las relaciones de poder. Es un contexto político que impide estrategias de solidarización entre los radicales personalistas que les hubiesen permitido consolidarse como una amenaza

⁵ Véase el capítulo II para una definición más explícita sobre la reflexividad. Basta destacar aquí que refiere a la capacidad individual para concebirse como actores con el poder de modificarse a sí mismos, sus acciones y al entorno de interacción.

concreta para la minoría gobernante. El fraude encierra a la clase política en un laberinto del que no logra salir, debilitando su organización interna y limitando el alcance temporal de sus proyectos.

La clase política que retorna al control del Estado, después del interregno democrático que supone el radicalismo, toma el poder institucional de forma directa. Aumentan las funciones estatales y se multiplica la burocracia racional y moderna, pero se paraliza la actividad democrática imperante. Se evita a los intermediarios, que supondrían los políticos profesionales, por lo que estos actores deben asumir sus aciertos y errores, sin *fusibles* que permitan diluir responsabilidades. Esta falta de intermediarios políticos también visibiliza las tensiones al interior de la minoría gobernante. A excepción de Agustín P. Justo, las administraciones gubernamentales no logran constituir fórmulas políticas estables que articulen las distintas propuestas dentro del colectivo más amplio.

Interpretar la realidad argentina como un proceso dinámico permite estudiar los vínculos que se establecen entre los individuos que ocupan funciones gubernamentales y los amplios sectores gobernados, dentro de una red de relaciones intersubjetivas delimitadas por el poder. Esta caracterización del entramado social permite establecer puntos de contacto entre distintos tiempos históricos, como sucede con los actores que participan en el golpe de Estado de 1930, quienes con anterioridad desempeñaron posiciones de importancia en la estructura estatal y en las principales empresas argentinas. Esta intercambialidad de funciones potencia la socialización previa e incrementa su capacidad de adaptación a los cambios imperantes.

A través de una perspectiva interdisciplinar, se propone reconstruir la intersección entre la biografía de algunos individuos destacados de la clase política y la historia de la sociedad, permitiendo explicar e interpretar el origen y la caída de este grupo gobernante. El golpe de junio de 1943 resulta en el final abrupto en las carreras políticas de varios de los integrantes de la minoría gobernante. Sus propuestas, ideas y proyectos, a pesar de su intermitencia, denotan un hito en la historia argentina, cuyos ecos se escuchan hasta el presente. Esta mirada sociológica del pasado argentino pretende sumar una visión complementaria a los trabajos históricos sobre la década de 1930.

En el primer capítulo, se analizan algunos aspectos teóricos de las obras de Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto, Robert Michels y Charles Wright Mills. Se arriba a un concepto de clase política que permite analizar a *los que mandan* en la Argentina, teniendo en cuenta los aportes de la clase política de Mosca, las élites de Pareto y Michels, y la élite del poder de Wright Mills. Es un recorrido que se inicia con una lectura crítica de estos conceptos teóricos clásicos para promover un abordaje superador de sus falencias a través de

los aportes recientes de la sociología contemporánea. Esto también conlleva una interpretación original de la fórmula política propuesta por Mosca, porque se amplía el alcance de sus funciones: de fundamento de la posición gobernante a regulador de las tensiones producidas en el interior de este grupo. La incorporación del concepto de *acción recíproca* de Georg Simmel permite un abordaje sociológico empírico del pasado argentino entre 1930 y 1943, transformando a la socialización en parte del fundamento del poder.

La contextualización del concepto weberiano de *cerrazón* es el punto de partida del segundo capítulo. Es una idea que permite complejizar la circulación de las élites que destaca Vilfredo Pareto. El fraude electoral es interpretado como una vía más de la *cerrazón* imperante que paraliza los canales políticos formales de la democracia moderna. Se desarrolla un análisis que combina las perspectivas de los estudios culturales de Simmel y Elias con las interpretaciones politológicas clásicas de Mosca, Pareto, Michels y Wright Mills. Se propone una caracterización interdisciplinaria del poder, que incluye la socialización, la cultura y las interacciones individuales privadas e institucionales como su fundamento. Este abordaje también presta especial atención al *otro político*, como un término que permite vislumbrar continuidades y diferencias en las administraciones gubernamentales, desde la segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen hasta las que emergen luego del golpe de Estado de septiembre de 1930.

En el tercer capítulo se estudian las diferencias en los estilos para ejercer la política y construir poder de los gobiernos de José Félix Uriburu, Agustín P. Justo, Roberto Ortiz y Ramón Castillo,⁶ utilizando las herramientas teóricas mencionadas de carácter multidisciplinar. Los individuos y la sociedad son interpretados como partes que se contienen e influyen, en un tiempo y un espacio determinados. Es un análisis interpretativo de los elementos precedentes que profundiza en los hechos históricos con acento federal, cuya selección permite caracterizar al proceso histórico estudiado.

En el cuarto capítulo se lleva a cabo un análisis sociológico del período de 1930-1943 que, para complejizar el abordaje del fundamento del orden social, indaga en la socialización de los actores que son objeto de estudio. La intersección entre la biografía de los miembros de la clase política y la historia de la sociedad que conforman permite comprender el contexto de interacción desde los estratos cimeros. El capítulo se inicia con una lectura crítica de las ideas teóricas de José Luis de Imaz, cuyo libro *Los que mandan* es un abordaje sociológico de la problemática, pionero a nivel local y latinoamericano. Esta relectura adquiere gran relevancia porque permite destacar la impor-

⁶ Archivo General de la Nación (AGN), *Documentos de los presidentes argentinos. Archivos José Félix Uriburu, Agustín P. Justo y Julio Argentino Roca (h)*, Buenos Aires, AGN, 1997.

tancia de la socialización de la minoría gobernante como fundamento de su posición de privilegio. Al incorporar a esta perspectiva los avances desarrollados por los estudios historiográficos actuales, una variada bibliografía teórica y fuentes primarias diversas, es posible una actualización crítica de esta obra clásica y fundacional de la sociología argentina.

La socialización de la clase política también es reconstituida a través de las noticias de las revistas político-culturales, en las que se hace referencia a los grupos gobernantes y su *consumo de prestigio*. Los sectores intermedios son interpelados a través de su función mediadora en la interacción entre los gobernantes y los gobernados, en tanto orientan la cooptación de nuevos miembros a la clase política en un contexto marcado por la cerrazón a los espacios políticos. El análisis de estudios de caso permite comprender la incorporación de nuevas figuras al grupo gobernante y el desarrollo del intervencionismo estatal en un contexto de fraude electoral. Un ejemplo es Tomás Amadeo, cuyos conocimientos técnicos adquieren importancia política cuando se convierten en parte del fundamento de las relaciones de poder.

La realidad histórica es interpretada como una configuración que es reconstruida a través de fuentes primarias. Tal es el caso de los álbumes de los clubes sociales de importantes instituciones que canalizan el tiempo de ocio de estos sectores sociales, como sucede con el Club del Progreso. Fuentes primarias que se combinan con las noticias y anuncios aparecidos en estas expresiones de la clase política argentina, que permiten difundir patrones de comportamiento compartidos. La socialización como parte del fundamento de las relaciones de poder permite explicar la rápida difusión de las ideas intervencionistas en un grupo de hombres formados en el cuño liberal en materia económica. Se observan los mensajes que circulan en las revistas del período, lo que permite promover un análisis figuracional de la interacción de los miembros de la clase política. En este sentido, se estudian los bailes *de sociedad* como parte del contacto permanente que refuerza la organización de la clase política en ámbitos extrainstitucionales.

En el quinto y último capítulo se profundiza el análisis de la acción estatal en un contexto de crisis socioeconómica internacional. Se reseñan las repercusiones del crac del 29 de Wall Street, como antecedente que permite focalizar en las estrategias de la clase política para no perder sus privilegios. El estudio comprende una organización paraestatal –la Liga Patriótica Argentina (LPA)–, instituciones gubernamentales –la Junta Nacional para Combatir la Desocupación (JUNALD)–, y las ideas novedosas que desarrollan intelectuales de la economía como Alejandro Bunge, Federico Pinedo y Raúl Prebisch. La socialización como fundamento de los vínculos de poder se conjuga con los proyectos socioeconómicos que circulan en el ámbito político. Se refleja un carácter interdependiente entre los actores estudia-

dos, en donde cobra importancia el ámbito agropecuario. En un país productor de bienes primarios, como es la Argentina, se hace necesario prestar especial atención a la labor desarrollada por los ministros de Agricultura de este período.

Estas novedosas medidas intervencionistas se desarrollan en un ámbito político fraudulento. La JUNALD y la LPA son los estudios corporativos específicos de este último capítulo. Una modalidad, aunque no la única, para comprender cómo quienes detentan el poder en la década de 1930 y los albores de la de 1940 consiguen adaptarse mejor que el radicalismo a los nuevos tiempos políticos y económicos. Estas políticas públicas pueden ser interpretadas como parte del monopolio del aparato estatal que es utilizado para promover el fraude electoral, mientras elimina gran parte de la utilidad de los canales políticos formales de la democracia. El orden social transforma parte de sus fundamentos en relación con períodos precedentes y se modifican las prácticas políticas.

En síntesis, consideramos que la originalidad del abordaje que se propone radica en varios puntos. Por un lado, en la reformulación del concepto clase política, acuñado por Gaetano Mosca, para incorporar algunos aspectos teóricos sustantivos procedentes de la élite del poder de Charles Wright Mills, así como la élite que teorizan por un lado Vilfredo Pareto y por otro Robert Michels. A la caracterización del fundamento de las relaciones de poder se incorporan los aportes de la sociología figuracional y de la cultura. También, en la relectura de autores clásicos en materia de clases altas, que permite interpretar e interpelar un período clave de la historia argentina, a través de un abordaje multidisciplinar que combina sociología, historia y ciencia política. Se desarrolla una caracterización de los tipos de circulación de las clases gobernantes que Pareto sugiere pero no desarrolla. También se reelabora y complementa el concepto de fórmula política, que Mosca solo utiliza para justificar la posición de la clase política y que aquí se convierte en una herramienta que permite dirimir tensiones hacia el interior del grupo gobernante. Un tercer aspecto del trabajo es el abordaje multidisciplinar que supone la conjunción entre teoría sociológica clásica y contemporánea, análisis histórico, ciencia política y la utilización de fuentes primarias para construir dinámicamente un período histórico clave de la Argentina. Por último, la incorporación de la perspectiva figuracional de Norbert Elias al abordaje crítico de la historiografía y los documentos, lo cual nos permite profundizar el análisis de una problemática que preocupa a la sociología argentina desde sus orígenes. Esto a través de la idea de proceso en la relación del individuo con el resto de la sociedad, como parte de la interdependencia que existe cuando se emprende el estudio de ambos y apelando al análisis de casos particulares y representativos. Sus implicancias incluyen la socializa-

ción, el poder y las instituciones administrativas que delimitan las acciones con implicancias sociales.

La hipótesis que fundamenta este estudio propone considerar que la toma del poder en septiembre de 1930 por parte de la clase política argentina relegada del aparato estatal durante la gestión yrigoyenista, se organiza para mantener el control social y dirigente por fuera de los partidos, pudiendo representar esa adaptación un detonante para su pérdida de poder, al estallar el golpe de Estado de junio de 1943. La pregunta central de esta investigación es: el resurgimiento de la clase política que resulta gradualmente alejada del poder con la puesta en vigencia de la Ley Sáenz Peña, ¿es una muestra de su debilidad para adaptarse al nuevo sistema político, más que una ejemplo de su fortaleza? Y en este sentido ¿es la toma del poder un prolegómeno para su pérdida?

APROXIMACIONES A UN ESTADO DE LA CUESTIÓN

Los estudios históricos asocian a los sectores de poder en la Argentina, desde fines del siglo XIX, con la propiedad de grandes extensiones de tierra. Son caracterizados como estancieros, terratenientes o hacendados, que se convirtieron en *los ricos* de América del Sur. Esta élite socioeconómica local fue un foco de atención para los estudiosos del pasado argentino, más allá de los estereotipos construidos por los viajeros. Un claro ejemplo lo constituye Jacinto Oddone, quien, en 1949, y desde una perspectiva socialista y crítica hacia el sector, se refería a la conformación de la poderosa burguesía terrateniente argentina en un estudio del caso de la provincia de Buenos Aires que es complementario de su versión de 1930.⁷

En 1954, el ingeniero Horacio Giberti mostraba, en la primera edición de su obra, una versión similar, aunque con perspectiva populista. Mientras que en 1963 Aldo Ferrer realizaba un aporte desde el campo de la economía en el que se refería a las etapas del desarrollo. En 1968, el historiador estadounidense James Scobie afirmaba que *la revolución en las pampas* debía atribuirse a la acción chacarera, y no a la de los estancieros, en tiempos de la Argentina moderna liderada por la generación del ochenta.⁸ Esta perspectiva se fundamenta en un abordaje dinámico del grupo estudiado, cuyas tensiones

⁷ Oddone, Jacinto, *La burguesía terrateniente argentina*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949.

⁸ Giberti, Horacio, *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Solar, 1982; Ferrer, Aldo, *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, México, FCE, 1963; y Scobie, James, *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino, 1860-1910*, Buenos Aires, Solar / Hachette, 1968.

intestinas retratadas pueden interpretarse a través de las herramientas características de la sociología figuracional.

En 1964, el politólogo José Luis de Imaz concluía en *Los que mandan* que en la Argentina no existe una élite unificada, sino un grupo social que gobierna, tal como explicita desde el propio título de su obra.⁹ Su abordaje sociológico fundacional pone en discusión las interpretaciones precedentes, que interpretaban a la clase gobernante como grupo unificado. Los cuestionamientos desarrollados por De Imaz repercuten en la obra de historiadores y economistas cuyos estudios también caracterizarán a la clase terrateniente argentina como menos unificada y tradicional. El aporte de De Imaz supone un estudio sociológico pionero a nivel argentino y latinoamericano en la definición de los sectores sociales que *mandan*, destacando además el alcance social de sus decisiones.

La lectura crítica de la obra de De Imaz permite complementar sus aportes, a través del estudio de estos actores sociales desde una formulación analítica propia: la clase política y las tensiones interiores del grupo gobernante. El período analizado, más reducido que el abarcado por De Imaz, subraya la coexistencia de diferentes proyectos de país entre los promotores del golpe de Estado de 1930. Estas tensiones caracterizan al grupo estudiado como un conjunto flexible de individuos, que establecen vínculos sociales con otros grupos. A diferencia del trabajo de De Imaz, cuyo énfasis está puesto en la realidad argentina post Revolución Libertadora, aquí el eje de la cuestión está situado en el grupo (y sus diferentes subgrupos) que toman el poder en la Argentina de la década de 1930.

En la década de 1980, desde la historia económica, Hilda Sabato recorre el período argentino entre 1850 y 1890, a través del estudio de dos conceptos básicos para la economía agropecuaria bonaerense: la ganadería (ovina en este caso) y el capitalismo.¹⁰ El análisis de los mercados laboral y de tierras se relaciona con las transformaciones de las estancias y la consolidación de una clase de terratenientes capitalistas que posee sus propias redes comerciales y financieras. Estos estudios continúan asociando la élite pampeana a la tierra y a sus vínculos con el Estado, pero destacan la diversidad de estrategias para adaptarse a los cambios coyunturales sin perder sus propiedades. Así se expuso en una tesis de la Universidad Nacional de La Plata donde se estudiaba, por primera vez, la acción del Banco Hipotecario de la Provincia de Buenos Aires en la conformación de los centros agrícolos

⁹ De Imaz, José, *Los que mandan*, Buenos Aires, Eudeba, 1964. Este libro lleva 14 ediciones y fue traducido al inglés, alemán, sueco y japonés.

¹⁰ Sabato, Hilda, *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1989.

bonaerenses. Este abordaje desplegaba los nombres y apellidos de estancieros y grandes propietarios del escenario rural provincial, acosado tanto por el creciente proceso de urbanización, como por la crisis de 1890. Un sector tradicional de terratenientes adquiere características modernas para ajustar sus estrategias a la configuración imperante.¹¹

Las múltiples actividades de la clase gobernante son uno de sus rasgos más sobresalientes, ya que promueven la intercambialidad de funciones entre sus miembros para reforzar su organización interna, que fundamenta su posición de privilegio. La complejidad y diversificación de los sectores gobernantes también es destacada por Romain Gaignard, quien en 1989, retomando un estudio de un decenio antes, se refería al *talento de los dueños de la pampa*, reivindicando una visión moderna de este grupo social. Para este geógrafo francés, “la época de crisis que inaugura el año 1929 es también la de nuevas apuestas”, porque se “opera un vasto reordenamiento de las fuerzas sociales y de los sistemas productivos pampeanos”; es que para Gaignard “en este nuevo juego todos o casi todos sacarán ventaja buscando la línea del menor costo y de la subproductividad más provechosa”.¹² Esta perspectiva destaca la estrategia del grupo social, que permite a un conjunto de individuos actuar coordinadamente y controlar de forma directa o indirecta la estructura administrativa estatal. La crisis se convierte en un catalizador de intenciones reformistas postergadas que permite el surgimiento de nuevas propuestas, entre las que se encuentra el intervencionismo estatal. La socialización y fidelización de estos individuos permite sustentar aquellos esquemas de percepción compartidos que posibilitan el desarrollo de acciones sociales con implicancias políticas

La década de 1990 supondrá una revisión analítica de la conformación del sector dirigente en la Argentina. En un abordaje más amplio, heterogéneo y dinámico que el que a priori pudiera sugerir el estudio de una élite terrateniente, la clase empresaria local será caracterizada como un grupo reducido cuyos actores toman decisiones económicas y políticas. Es un grupo gobernante que diversifica sus inversiones, más allá de la posesión de la tierra y de la productividad agraria. Esta es la aproximación propuesta por Jorge F. Sabato, quien caracteriza a estos sectores como *la clase dominante* cuya formación y peculiaridades deben encontrarse en sus aspectos comerciales, financieros, culturales. Para Jorge Schvarzer también existe diversifi-

¹¹ Girbal-Blacha, Noemí M., *Los centros agrícolas en la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, FECIC, 1980. La visión se amplió por la misma autora en *Estado, chacareros y terratenientes, 1916-1930*, Buenos Aires, CEAL, 1988.

¹² Gaignard, Romain, *La pampa argentina. Ocupación-poblamiento-explotación de la conquista a la crisis mundial (1550-1930)*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1989, pp. 457-458. Interesante anexo bibliográfico, pp. 459-504.

cación, en tanto los empresarios se corporativizan para incrementar su poder de decisión y de negociación frente al Estado, a través de la participación en la Sociedad Rural Argentina (1866) y en la Unión Industrial Argentina (1877).¹³ Estas interpretaciones destacan la importancia de la organización interna del grupo gobernante para fundamentar su posición de privilegio y extender su influencia a distintos sectores de producción, complejizando el fundamento del orden social.

A mediados de la década de 1990, los estudios históricos vinculados al mundo rural se consolidan como una nueva expresión académica que profundiza el análisis de estas perspectivas. Son trabajos que surgen en respuesta a aquellas investigaciones que destacaban la diversificación de actividades del sector dirigente, en las cuales los terratenientes veían diluirse sus rasgos originarios, asociados casi con exclusividad a la propiedad de la tierra. Javier Balsa desarrolla en 1994 una tipología de productores agrarios que permite volver a calcular los ingresos de las explotaciones y caracterizar la estructura agraria previa y posterior a la crisis de la década de 1930, evaluando las estrategias desplegadas por los distintos actores. El sector agrario retoma su dinamismo característico ponderando los límites de sus propias actividades típicas. Al mismo tiempo cuestiona la visión unilateral de pobres chacareros y grandes terratenientes adinerados, caracterizando el surgimiento de una burguesía rural media “con suficientes recursos y una lógica de acumulación flexible”.¹⁴

En 2002, el historiador Roy Hora vuelca su interpretación en el estudio de la “construcción y transformaciones de la élite socioeconómica”, donde focaliza en “las peculiaridades de la relación entre terratenientes, poder político y Estado durante el ascenso, apogeo y ocaso de la Argentina agroexportadora”.¹⁵ Su abordaje cuestiona la figura del terrateniente identificado como un señor feudal, que se construye al calor de los conflictos sociopolíticos de las décadas de 1910 y 1920. Hora afirma que hacia fines de la década de 1920 se había extendido la creencia de que el orden productivo basado en la gran estancia ya no resultaba aceptable ni justificable. Incluso los propios empresarios industriales se sumaron al coro que censuraba a los terratenientes y los señalaba como los principales responsables de los males

¹³ Sabato, Jorge F., *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*, Buenos Aires, CISEA/Grupo Editor Latinoamericano, 1988; Schvarzer, Jorge, *Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991; y Schvarzer, Jorge, *La industria que supimos conseguir*, Buenos Aires, Planeta, 1996.

¹⁴ Balsa, Javier, *La crisis de 1930 en el agro pampeano*, Buenos Aires, CEAL, 1994, p. 7.

¹⁵ Hora, Roy, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002, p. xxiii.

que aquejaban al país.¹⁶ En consonancia, aquí se propone una perspectiva multidisciplinar en donde economía, sociedad y poder son analizados como mutuamente determinados, y paralelamente influenciados por los sectores gobernantes interdependientes, que actúan de forma coordinada a través de su intervención en las altas esferas institucionales.

En 2006, Andrea Reguera publica un estudio de caso, la vida del *patrón de estancias* Ramón Santamarina. Con un estilo biográfico capaz de trascender al protagonista, y basándose en una interesante documentación original, da cuenta de las diversas formas en que se despliega el ejercicio del poder de la élite terrateniente en la pampa argentina.¹⁷ Este ejemplo es enriquecedor, al caracterizar la relación entre individuo y sociedad a partir de la vida de un personaje y cómo se relaciona con su entorno y lo modifica, adaptándose a las transformaciones. Los estudios de caso de los capítulos IV y V intentan recuperar esta interacción sin hacer un análisis tan pormenorizado como el que lleva a cabo la doctora Reguera. Entre los personajes estudiados destacan Ramón y Miguel Ángel Cárcano, José Padilla, Horacio Beccar Varela, Antonio de Tomaso, Luis A. Duhau, Cosme Massini Ezcurra, Tomás Amadeo, Alejandro Bunge, Federico Pinedo y Raúl Prebisch.

Las visiones historiográficas sobre la década de 1930 también proponen un recorrido sinuoso sobre sus interpretaciones. Con la dirección del historiador Enrique M. Barba de la Universidad Nacional de La Plata y un consejo de redacción integrado por Sergio Bagú, Emilio F. Mignone, Roberto Etchepareborda y Gregorio Weinberg, entre otros que también habían padecido la proscripción en las universidades nacionales, nació en 1957 una publicación trimestral: la *Revista de Historia*. En ella colaboraron hombres de prestigio intelectual, en muchos casos docentes refugiados en una expresión cultural como Imago Mundi o Colegio de Estudios Superiores,¹⁸ con diverso perfil ideológico pero un denominador común: su oposición al peronismo. Se destacan desde el radical Roberto Etchepareborda y el nacionalista Julio Irazusta, hasta un hombre con militancia de izquierda como Luis V. Sommi y el anarquista Diego Abad de Santillán.

Solo se editaron tres números de la revista. El primero, dedicado a la crisis de 1890; el segundo, a las contiendas entre unitarios y federales, propias de la formación de la nación; y el tercero referido a la crisis de 1930, donde

¹⁶ *Ibid.*, p. 269.

¹⁷ Reguera Andrea, *Patrón de estancias. Ramón Santamarina: Una biografía de fortuna y poder en la pampa*, Buenos Aires, Eudeba, 2006.

¹⁸ Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. Para conocer más sobre la influencia de este Colegio en la vida cultural argentina, véase Noe, Alberto, *Utopía y desencanto. Creación e institucionalización de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires: 1955-1966*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2005.

se recogieron impresiones variadas de los acontecimientos y testimonios. Entre ellos se destacaban el del conservador ministro del Interior del gobierno de Urriburu, Matías Sánchez Sorondo, que hacía referencia acrisolada por el tiempo transcurrido, al derrocamiento del presidente radical Hipólito Yrigoyen; y el del socialista independiente Federico Pinedo, recreando de modo atemperado los aciertos y errores de la crisis de 1930 y la ruptura del orden institucional.¹⁹ El deterioro de la hegemonía y la fractura de la sociedad argentina entre peronistas y antiperonistas originaban esta expresión académica de corto plazo, cuando los efectos de la proscripción del decenio 1946-1955 resultaron insuficientes para generar la cohesión interna en medio de la pluralidad ideológica. Los historiadores y científicos sociales volvían la mirada al pasado crítico de la Argentina, como lo ejemplifican los números temáticos de esta publicación, para buscar respuestas ante una nueva ruptura institucional.

En 1965 el historiador José Luis Romero, ante el silencio de las expresiones tradicionales de la historiografía argentina de la Academia Nacional de la Historia, acuña la expresión *la era aluvial* para referirse al pasado argentino entre la República liberal (1880-1916) y *la restauración de la democracia liberal* (1955-1958). En ese escenario, la *República conservadora* (1930-1943) cobra cuerpo para quien interpretaba en clave socialista el intervencionismo de Estado de la época y a sus actores. Para Romero, empeñado en marcar distancia con el revisionismo historiográfico defensor del rosismo y también con los liberales defensores del *fraude patriótico*, los “sectores conservadores de viejo y nuevo cuño, que se apoderaron del gobierno en setiembre de 1930”,²⁰ dirigían su política —de la mano de los grupos nacionalistas o *teóricos del corporativismo*, como el historiador los denomina ejemplificando con el discurso de Carlos Ibarguren— contra la clase media que había crecido al amparo del radicalismo.

A fines de la década de 1970 e inicios de la de 1980, la llamada “historia oficial” encuentra respuestas en obras generales como la Colección de Historia Argentina, editada bajo la dirección del historiador Tulio Halperin Donghi. En ella, el politólogo Alberto Ciria se encarga de “la democracia constitucional y su crisis”, analizando el intervencionismo estatal en la economía, la industrialización sustitutiva de importaciones y los subsidios a los altos sectores agrarios, sin dejar de lado *la revolución militar y sus perplejidades* y aquellos instrumentos políticos propios de la *restauración conservadora*. Los nacionalistas y sus relaciones con *el régimen restaurado* se confrontan con la acción de la oposición, el aumento del poder del ejército y el prestigio de la Iglesia,

¹⁹ *Revista Historia*, N° 3, Buenos Aires, Imprenta López, 1958.

²⁰ Romero, José, *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, pp. 78-79.

como prolegómenos para entender “el agotamiento de la restauración”, ya en tiempos del ejercicio del Ejecutivo por la fórmula Ortiz-Castillo.²¹

Las interpretaciones de los historiadores extranjeros destacan los vínculos que la clase política establece con el ejército a partir de 1930, y proponen una versión más compleja que la ofrecida por la historia tradicional. Tal es el caso pionero del estadounidense Robert A. Potash,²² que en la década de 1970 propone un minucioso análisis de la inserción de los principales actores del ejército en el escenario local. Unos diez años más tarde es el politólogo francés Alain Rouquié quien, desde la perspectiva historiográfica francesa, subraya las complejidades de la sociedad argentina en un contexto de tensión entre la sociedad civil y la sociedad militar; o dicho con sus palabras, “entre la democracia fraudulenta y el Estado corporativista”.²³ Para Rouquié, la oficialidad del ejército tenía “la convicción de poseer un monopolio del patriotismo”, es decir “una misión civilizadora” y una “actitud naturalmente paternalista”, que en la década de 1930 los transformará en una fuerza “necesaria para la conservación del orden”.²⁴ Ambos investigadores destacan que la vacante del terreno político es ocupada por la alianza de militares y conservadores.

Los albores del siglo XXI suponen nuevos balances entre los historiadores. La Academia Nacional de la Historia, con una propuesta más pluralista que en épocas anteriores, emprendió la edición de diez tomos de la *Nueva Historia de la Nación Argentina*.²⁵ En su octavo tomo, Enrique Zuleta Álvarez, uno de los principales representantes del nacionalismo argentino, se ocupaba de *los gobiernos de la concordancia*. El punto de partida del análisis es “la declinación y el caos” como parte de la explicación que justifica el golpe de Estado de 1930. Este componente de la fórmula política que fundamenta el orden social parecería resaltar y justificar la intervención militar. Con otra mirada, y con la coordinación general del historiador Juan Suriano, otra Nueva Historia Argentina veía la luz en simultáneo.²⁶ Esta obra colectiva supone una convocatoria amplia de intelectuales especializados y conlleva otra mirada de la década de 1930. Coordinada por Alejandro Catta-

²¹ Cantón, Darío, José Moreno y Alberto Ciria, *Historia Argentina. La democracia constitucional y su crisis*, Buenos Aires, Paidós, 1980, pp. 121-202.

²² Potash, Robert, *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1980.

²³ Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981, p. 223.

²⁴ *Clarín*, Buenos Aires, 15 de febrero de 1983, p. 12.

²⁵ Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, t. 8, Buenos Aires, Planeta, 2001.

²⁶ Romero, José, *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, pp. 78-79.

ruza, focaliza la atención en la crisis económica, el avance del Estado y la incertidumbre política.

Distintas perspectivas consideran la década de 1930 como un punto de inflexión en la historia argentina. En este período se produce el fin del crecimiento hacia afuera que, según los términos cepalinos acuñados en la década de 1950, significan el cuestionamiento del modelo agroexportador implementado en la Argentina a fines del siglo XIX. En esta perspectiva, fueron pioneros los análisis histórico-económicos que Ricardo Ortiz desarrolla en su *Historia económica argentina*, editada a mediados de la década de 1960.²⁷ Mayor especificidad adquiere el estudio *La economía argentina*, realizado por Aldo Ferrer,²⁸ en el cual se otorga gran importancia explicativa al desequilibrio interregional del país y sus implicancias para una economía agraria dependiente. Estos abordajes permiten reconstruir un contexto donde el Estado toma decisiones de alcance nacional en las que se advierten los diferentes intereses en pugna.

A mediados de la década siguiente fueron Guido Di Tella y Manuel Zymelman, desde un abordaje que se fundamenta en los principios del economista W. Rostov, quienes se referían al fin del crecimiento en *Los ciclos de la economía argentina*.²⁹ A su vez, Carlos Díaz Alejandro propone una mirada externa y en contrapunto, al calificar esta etapa enraizada en la década de 1920 como una *desaceleración del crecimiento*. El economista Arturo O’Connell, al promediar la década de 1980, retrotrae la mirada a la década de 1920 y coloca a la crisis de 1930 y sus consecuencias en un proceso de mediano plazo, como parte de las alternativas de “una economía abierta”.³⁰

En la perspectiva de la historia económica, los estudios regionales de los últimos años han puesto en discusión la hipótesis de Arturo O’Connell, quien parte de una mirada metropolitana. Se redimensiona el estudio de la década de 1930 al considerar a las economías regionales del interior, sus actores sociales, y las políticas públicas. Una vez más, los estudios de casos sirven de base para ampliar las más complejas explicaciones sobre el tema.³¹

²⁷ Ortiz, Ricardo, *Historia económica argentina*, t. 2, Buenos Aires, Plus Ultra, 1964.

²⁸ Ferrer, Aldo, *La economía argentina desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*, Buenos Aires, FCE, 2008.

²⁹ Di Tella, Guido y Manuel Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1972, Segunda edición.

³⁰ O’Connell, Arturo, “La Argentina en la Depresión: los problemas de una economía abierta”, *Desarrollo Económico*, N° 92, vol. 23, enero-marzo de 1984, Buenos Aires, pp. 479-514.

³¹ Girbal-Blacha, Noemí, María Ospital y Adrián Zarrilli, *Las miradas diversas del pasado. Las economías agrarias del interior ante la crisis de 1930*, Buenos Aires, Edición Nacional Editora e Impresora, 2007.

El presente trabajo propone aportes sobre la composición y el comportamiento del Estado interventor, en el marco de una crisis estructural, orgánica, que no admite remedios de corte liberal.³² El Estado amplía sus funciones para responder a una realidad en transformación. Los actores políticos deben adaptarse a estos cambios y para ello apelan a las entonces novedosas ideas intervencionistas. Estos cambios no implican la incorporación de nuevos actores a la arena política y, por este motivo, en la Argentina son precisamente los *viejos* actores políticos, previos a la Ley Sáenz Peña, quienes llevan a cabo estas medidas. Las antiguas prácticas políticas de fraude electoral conviven con las novedosas propuestas de intervencionismo estatal. Fidelidades, acciones recíprocas y pasiones se confunden en un escenario político novedoso.³³ Por ejemplo, analizando el accionar de la JUNALD (1935-1943), es evidente que los sectores medios burocráticos tienen una gran importancia en el desarrollo del intervencionismo estatal.

La división más importante en el período estudiado responde a la posición que toman los distintos actores con respecto a la participación política del partido radical, escisión que será estudiada por su influencia en los grupos que disputan el control estatal. Luego de las elecciones bonaerenses del 5 de abril de 1931, el radicalismo es excluido de la competencia electoral hasta que resuelva sus múltiples divisiones internas. La estructura administrativa vuelve a ser controlada de forma directa por una clase política que la competencia electoral democrática había desplazado de los cargos estatales de importancia. Este retorno sin intermediarios al poder político intenta suplir su debilidad para la competencia electoral con las reglas que estipula la Ley Sáenz Peña. En este contexto, el ejército se transforma en un aliado clave en el fundamento del poder. La Iglesia es otro grupo que comienza a brindar su apoyo a la minoría gobernante.³⁴

En resumen, la ocupación del espacio político por el ejército y los conservadores da consistencia a un creciente intervencionismo estatal y a la reorganización de la clase política nacional, que se posiciona en el gobierno y en el poder, estructurada “en torno al eje oficialismo-oposición, relativamente estable en su conjunto pero con fuerte conflictividad y dinamismo”,³⁵ hasta el estallido de un nuevo golpe de Estado el 4 de junio de 1943. Esta es

³² Girbal-Blacha, Noemí, “Estado y economía en la Argentina de los años 30”, en *Décimo Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina*, Buenos Aires, ANH, 1999, pp. 1-16.

³³ Cárcano, Miguel Ángel, *Sáenz Peña. La revolución por los comicios*, Buenos Aires, Eudeba, 1976.

³⁴ Zanatta, Loris, *Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

³⁵ Macor, Darío, “Partidos, coaliciones y sistemas de poder”, en Cattaruzza, Alejandro, *op. cit.*, p. 51.

una nueva ruptura institucional, que paradójicamente es vista por la sociedad como una restauración de la democracia, y que es inducida por el cambio en el Poder Ejecutivo Nacional –al producirse la muerte del presidente Roberto Ortiz y su reemplazo por el conservador catamarqueño y vicepresidente de la República Ramón Castillo– que pone en cuestión la posición de neutralidad de la Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial.

Esta es la configuración propuesta en este trabajo para analizar la existencia y las características de la clase política argentina, un grupo gobernante que debería ser capaz de detentar el poder de manera formal o informal (como capacidad de influir sobre el Estado), tener espacios comunes de socialización, contar con la intercambiabilidad de funciones entre sus miembros, poseer conciencia de clase para resguardar sus privilegios mediante estrategias de cerrazón, cooptar nuevos miembros, y establecer algún tipo de interdependencia con el resto de la sociedad. La clase política fundamenta su poder en una *fórmula política*, es decir, en principios abstractos con arraigo en la historia de esa sociedad que sostiene la asimetría en las relaciones de poder que mantienen una posición de privilegio. Además, esta fórmula política dirime las tensiones que se producen en el interior del sector gobernante como característica inherente a su actividad normal. Este es un abordaje que da cuenta de los aspectos sociales de las relaciones de poder y su importancia como fundamento del orden social.

La perspectiva figuracional de la que parte este estudio subraya el carácter procesal de la interacción individuo-sociedad, donde la conjunción entre biografía e historia incorpora de forma dinámica el pasado, el presente, e incluso el futuro en tanto expectativas del presente, como parte del análisis sociológico. El poder es caracterizado como un vínculo complejo en donde interactúan gobernantes y gobernados en una configuración espacio-temporal delimitada, con características propias que la distinguen de otros procesos históricos argentinos.